

CÁDIZ

¿No aprobáis su parecer?...

REY

O espero que lo aprobéis.

NAVARRO

Yo no creo que Gonzalo
de Córdoba...

AGUILAR

¿Ya falláis?

REY

Es zapador: si os tardáis,
justo es que inicie el escaló.

CÁDIZ

(A Navarro.)

¿Decíais?...

NAVARRO

Que entiendo que otros,
más que Hernández son cabeza,
por ser de vieja nobleza.

CÁDIZ

¿Y vos, Rey?

REY

No: entre vosotros.

CÁDIZ

Yo entiendo que en su coraza,
como en propio escudo, están
los cuarteles de la raza;
yo le hice mi capitán
sólo por el alma en Baza.
Vieja nobleza es la mía;
y tanta en los años es
que por ser viejo marqués,
no he querido todavía
ser, en Arcos Duque nuevo;

pero de tal modo apruebo
 su elección que, asegurada,
 me arrancaría la espada
 del cinto en donde la llevo
 para ponerla en sus manos:
 ¡tanto espero de las mieses
 que les siegue a los franceses
 por los campos italianos!
 — y es mi consejo.

REY

No tal,
 no hagamos consejo; hablemos,
 marqués, y así no pondremos
 a la opinión un dogal
 tan solemne. Si éste fuera,
 como vos decís, Consejo,
 ya Tendilla os presidiera.

TENDILLA

Grande honor; pero es por viejo,
 con que no habrá quien lo quiera.

REY

Pues viejo y noble es hoy mucho,
 según nos han dicho.

VILLENNA

¡Es todo!

REY

Sois castellano, de modo
 que con placer os escucho,
 Marqués de Villena.

VILLENNA

Un día
 fué en Castilla la nobleza
 sostén, amparo y firmeza
 de toda la monarquía.

REY

El día de que habláis, ¿es
 aquél en que el buen marqués
 vuestro padre — a quien perdono —
 abría el suelo a mis pies
 para apartarme del trono?

VILLENNA

Fué delito: mas por Dios
 que es buen cargo a cuenta mía;
 si pudo luchar con vos,

¡pensad qué fuerza tendría! . . .
 La que después nos quitaron;
 porque es lo cierto, caudillos,
 que cuando los arrasaron,
 ¡a los nobles lapidaron
 con piedra de sus castillos!

CÁDIZ

(Irguiéndose, airado.)

¡Yo fui . . .

(Conteniéndose; al Rey.)

— Dáis venia, Señor?

REY

¿Para que habléis? Toda, os digo;
 que aprendo a ser rey mejor,
 si os oigo hablar como amigo.

CÁDIZ

(A Villena.)

Yo fui de los mesnaderos
 de antaño; vieja nobleza
 como vos decís; cabeza
 del tronco de los pecheros;

y recuerdo todavía
 los tiempos en que, después
 de nuestro propio interés,
 nada a luchar nos movía;
 y en que, hecho el reino al incierto
 vaivén de nuestro cuchillo,
 miraba el trono al castillo
 por encima de un desierto.
 Si hoy el castillo recibe
 su fallo y ruina es doquiera,
 no es por que el castillo muera;
 mas porque el desierto vive;
 la unión del reino ha engendrado
 patria, sobre el trono; el fiero
 cerco en Granada ha forjado
 para el mundo almas de acero;
 y al cabo, en cada pechero,
 despunta un hombre: el soldado.
 Por él, la fuerza no es nuestra;

(Al Rey, con religioso respeto.)

tampoco es vuestra, Señor;
 ¡es y será de la diestra
 que sirva al reino mejor!
 ¡No la temáis: y en su abono
 pensemos que nos va a dar

la patria, donde juntar
campiña, castillo y trono!

REY

*(Emocionado y haciendo
lo que dice.)*

Rodrigo: si unos hachazos
que mandaba dar mi ley,
tu torre hicieron pedazos,
¡prepárate en estos brazos
que honra en tus hombros el Rey!

*(Después de abrazar al
Conde, y a un gesto agrio
de Pedro Navarro, prosigue.)*

¿Decías, Navarro? . . .

NAVARRO

*(Con sarcasmo, ajeno por
completo al entusiasmo de
los demás y únicamente apo-
yado por el Marqués de Vi-
llena, que estará a su lado.)*

Espero,
pues nadie se opone en nada,
ver surgir al caballero,

para ceñirle la espada;
ni comprendo que antes no
viniera por el laurel.

REY

No quise citarle yo
para que hablaras tú de él.

NAVARRO

¡Engrandeced su persona,
que nadie se ha de oponer!
Pero creáis un poder
que hará sombra a la corona;
porque él va lejos, él debe
partir y dejáis que lleve
diez mil hombres en su abono:
¡veremos quién se le atreve
después que, en Nápoles, pruebe
que muelle asiento es un trono!

REY

*(Como para sí; entre el si-
lencio general.)*

Sí.

NAVARRO

(Cobrando alas.)

¡Al tiempo, que allana plazos
trayendo el fallo supremo!

REY

Lo mismo que temes, temo;
pero no te doy mis brazos.
Os he mandado llamar
para mudarme el sentir;
pero no para escuchar
lo que estoy harto de oír
cada vez que entro a pensar;
— alas, no plomo, Navarro.

NAVARRO

No es mi oficio.

REY

Entonces, calla.

NAVARRO

Plomo asegura batalla.

REY

¡Metido en fuego; no en barro!
— ¿Tú qué dices, Aguilar?

AGUILAR

Tiempo hace que dí en callar,
dejando que hable su mano.

REY

Pero viniendo a pensar,
¿qué piensas de él?

AGUILAR

Es mi hermano.

Montilla un rincón de nada,
pero mío; mi fortuna,
corta, aunque baste a mi cuna;
a vos os debo mi espada;
mi alma, a Dios: pues a medida
que lo quisieron sus fueros
o que su gloria lo pida,
dí mi tierra y mis dineros,
¡daré mi espada y mi vida!

REY

(Que se deja ganar por la emoción, hasta estrechar la mano del viejo Aguilar, se refrena a sí mismo en seguida y dice friamente volviendo a su sitio.)

Señores, pues, fiel por fiel,
franco por franco, os lo digo;
vosotros estáis por él:

(Señalando a Pedro Navarro y dirigiéndose luego al último que nombra.)

éste y Villena, conmigo,
— pero no debéis cantar
victoria; si en mis apuros
os llamé para cambiar,
no somos los más seguros.

(A todos.)

— Hasta la noche; ahora tengo,
con las razones que oí,
razones que darne a mí. —
Para esta noche os retengo;

una cena entre soldados,
en la torre; en el discreto
silencio de estos collados
y unos cantos bien trovados,
si me guardáis el secreto.

(Se inclinan los grandes; se inclina el Rey; va a salir y en este momento suenan los gritos de Gonzalo.)

GONZALO

¡Vive Dios, que me déis cuenta
del desacato!

REY

(Deteniéndose.)

¿Quién osa
mover la voz ante el Rey?

GONZALO

(Entrando por la puerta que es camino de la Torre, airadísimo.)

¡Gonzalo Hernández de Córdoba!

REY

¿Qué ocurre en la Alhambra, para tal ruido?

GONZALO

Vuestra corona pisotearon, señor.

REY

¿Dónde fué el hecho?

GONZALO

En las hojas de un tratado que, por vos, con Boabdil, cuando la toma, firmó esta mano y verá cumplido, si no la cortan.

REY

¿Quién hizo ofensa al Tratado?

GONZALO

Quien no tuvo en la memoria que en él se pacta y promete

sacar de nuestras mazmorras a los moros prisioneros para que, en su lengua propia, sus propios jueces les juzguen por las leyes de Mahoma.

REY

¿Y a ésto hay quien falte?

GONZALO

El Tratado

Señor, los hechos lo borran; que es prisionera en la torre desmintiéndolo, una mora.

REY

Pueden ser cárceles tales que al Tratado no se opongan.

GONZALO

Mandad que le abran la torre si es prisionera; y si es otra decidle a aquel cuya sea,

que enmiende el yerro y que sobran,
para cautivas de amor,
en Granada las mazmorras;
no en la Alhambra, donde estuvo
nuestra Reina; donde ahora
puede llegar; donde estando
vos, junto a vos va su sombra.

REY

¿Yo he de escucharte lecciones?

GONZALO

¡No vos, Alteza! Las oiga
tan sólo aquel, cuya sea
la prisionera o la moza.

REY

Si fuera yo...

GONZALO

¡Vos no sois!

REY

Puedo tener poderosas
razones para afirmarlo.

GONZALO

¡Razones a mí me sobran,
para negarlo!

REY

¿Por qué?

GONZALO

¡Señor el Rey, porque cosa
que ofender pueda a la Reina,
nunca fué de la corona!

REY

(Con la transición que únicamente en él hace posible el constante dominio de sí mismo; a los grandes.)

— ¿Véis, señores? Como este hombre
que está tan en tierra y toca
siempre a los astros, haciéndoles
con su penachada, sombra,
quisiera que fuesen todos